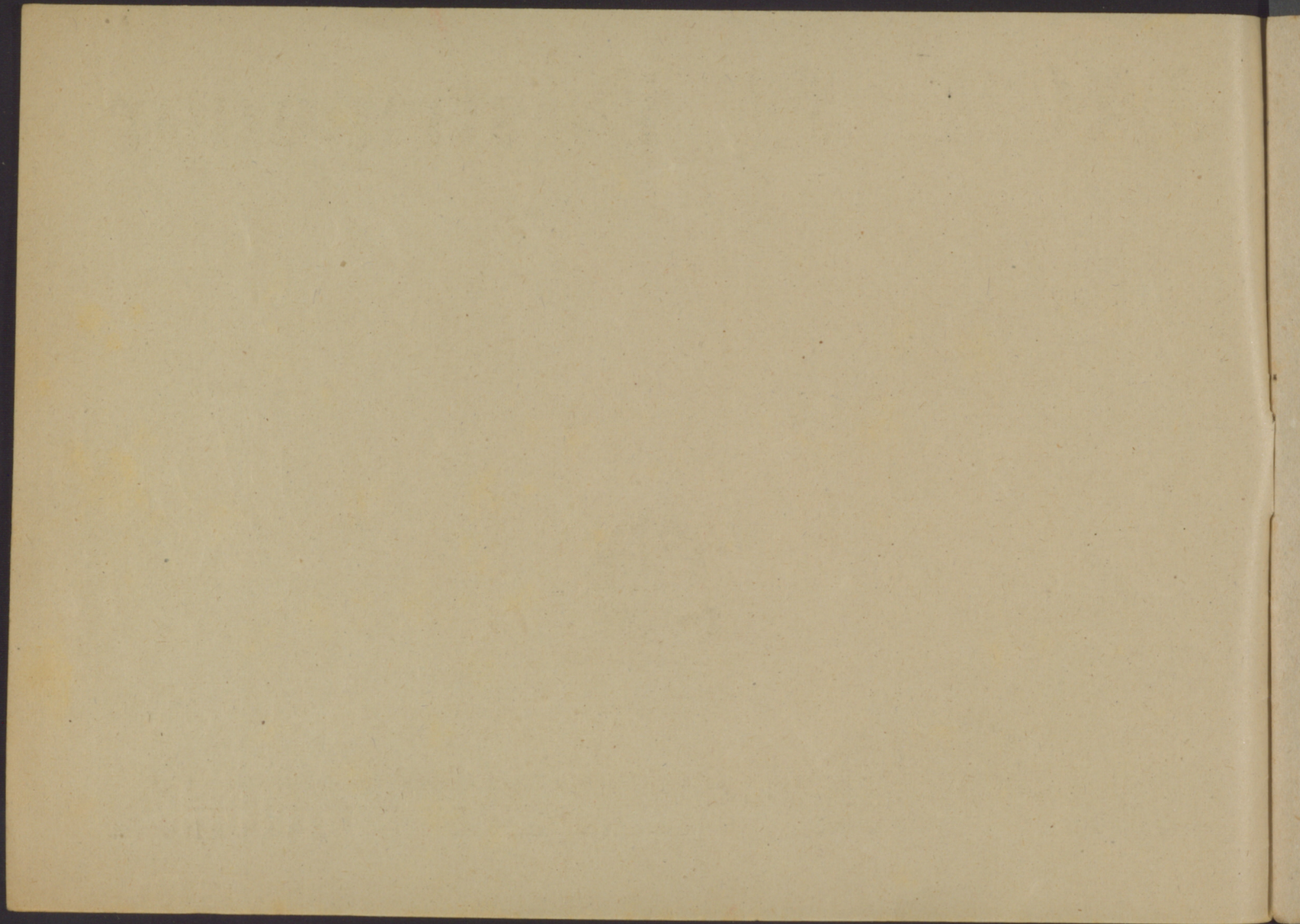


The background of the poster is a dark, atmospheric scene. A man in a dark suit is shown from the chest up, leaning forward with his hands outstretched towards a woman. The woman is seated, looking up at him with a concerned expression. The setting appears to be a room with a stone fireplace in the background. To the left, there is a wooden table with a lit candle in a brass holder. In the upper left corner, there is a small shelf with various objects, including what looks like a doll or a small statue. The overall tone is mysterious and suspenseful.

Jack el **DESTRIPADOR**

MERLE
OBERON
GEORGE
SANDERS
LAIRD
CREGAR



JACK, El Destripador

Emocionante asunto policíaco

Dirigido por
JOHN BRAHM

Productor
ROBERT BAISSLER

Es un film



LA MARCA DE LOS MÁXIMOS TRIUNFOS

Intérpretes principales: Merle Oberon - George Sanders - Lair Cregar - Sir Cedric Hardwicke

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

Números publicadòs: **El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara - Tarzán y la Diosa - La quimera del oro - Hace un millón de años - El alegre bandolero - Texas - El hijo de la furia - La tía de Carlos - ¡Qué par de locos! - Guadalcanal**

JACK, EL DESTRIPIADOR

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Un tablón anunciaba que se había cometido un nuevo crimen en el distrito de Whitechapelle, de la ciudad de Londres, y prometía una recompensa importante a quien pudiera dar algún detalle o información sobre el criminal. El distrito de Whitechapelle es un distrito húmedo y sucio, habitado por gentes pobres y artistas teatrales, célebres en épocas pasadas.

Numerosos policías vigilaban el barrio, atendiendo especialmente a las mujeres, víctimas preferidas del desconocido criminal. Una antigua cantante, llamado Katy, se despidió de sus amigos y cruzó varias calles, en dirección de su casa. Pasó junto a una columna y poco después un grito horroroso estremeció a los guardias... Cuando hallaron a Katy estaba caída en medio de un gran charco de sangre, degollada como las anteriores mujeres asesinadas.

La policía tampoco capturó al criminal. Una mujer afirmó haber visto una sombra en los contornos. Huía, y dijo la mujer que era Jack, el Destripador. Los periódicos anunciaron el cuarto asesinato y la noticia de que el Destripador había sido visto...

Robert, un hombrecillo con una barba cerrada, compró entusiasmado un diario. Iba a entrar en su casa, cuando un hombre corpulento, que momentos antes había estado mirando el letrero de una calle cercana, se le acercó y comunicó su deseo de alquilar un cuarto de la casa de Robert.

Este traspasó el inquilino a Elena, su mujer, que condujo al recién llegado a una lujosa habitación. Llena de retratos de actrices. Al ver las fotografías, el desconocido se portó de una manera extraña. Levantó los ojos hacia el techo y apretó con sus fuertes manos un maletín negro, que constituía su único equipaje.

Luego, indicando su intención de ver otras habitaciones, Elena le guió al desván, que pareció gustarle enormemente. Dijo, entonces, llamarse Slade, como la calle por la que había pasado minutos antes, y se declaró dispuesto a alquilar todas las habitaciones, incluso el desván, pagando al contado una cantidad exorbitante por ellas, puesto que, según explicó, eran ideales para sus experimentos sobre patología.

—Temo que mis costumbres le parezcan extrañas—agregó Slade—. A menudo regreso bastante tarde a casa. Pero entraré por la parte trasera para no molestar a ustedes.

Como esto tenía sin cuidado a Elena, anunció a su marido el buen negocio que había realizado. Robert, algo disgustado, depositó su periódico en la bandeja de la cena que su esposa subía a Slade. Cuando entró en la habitación de éste, le encontró volviendo hacia la pared los retratos de las actrices y aclaró su conducta de una forma muy rara.

—Supongo que no le molestarán las artistas, porque en casa tenemos una. Mi sobrina Kitty—dijo Elena.

Slade casi desorbitó sus ojos, mientras su cara se con-

traía espantosamente. Con un esfuerzo, fué amable con Elena y la despidió. Una vez a solas se precipitó ávidamente sobre el periódico.

Días más tarde, después de haber regresado Kitty de una gira teatral por provincias, sus tíos, Daisy, la criada, y ella, se disponían a marchar al teatro en que Kitty estrenaba una obra, cuando se presentó súbitamente Slade.

Kitty le miró con curiosidad, porque ya conocía su extraño modo de vivir, y Slade pareció enormemente impresionado por su belleza. La joven quiso bromear con él, pero sus ojos y su aspecto misterioso no se lo permitían. Causaron una impresión profunda a todos sus palabras, así que el inquilino exclamó refiriéndose al Támesis, del que habían hablado:

—¿No se le ha ocurrido nunca acercar la cara al agua y meter las manos en ella hasta verlas desaparecer? La profundidad del agua es oscura y llena de paz.

Despidióse, rechazando su proposición de ir al teatro con ellos, y se marchó como siempre por la puerta trasera, dejándoles mudos de sorpresa.

Una vez estuvieron en el coche, se dieron cuenta de que Slade les seguía durante unos segundos, mirando fascinado a la hermosa Kitty. Luego, el inquilino montó en un ómnibus que iba a Whitechapelle...

La noche del debut de Kitty en el teatro Royal prometía ser famosa. Incluso, el príncipe Eduardo había ido a verla. La joven se llevó a su camerino a una pobre ex-actriz, Annie Rowley, antigua propietaria del cuarto. Estuvieron charlando unos minutos y Kitty despidió amablemente a Annie, regalándole un soberano de oro.

Después de su victoriosa representación, Kitty y los demás artistas estaban celebrando muy contentos su triunfo, cuando dos policías demandaron una entrevista a miss Kitty Langlay. Uno de ellos era el joven inspector John Warwick, apuesto y brillante detective, que, inmediatamente, se ena-

moró de Kitty, más hermosa que nunca con su elegante atavío.

Pronto supo la concurrencia la causa de la presencia de John, Jack el Destripador había asesinado a Annie Rowley en Whitechapelle. La pobre mujer, antes de morir, había enviado a Kitty una bonita herradura de flores deseándola buena suerte.

—¿Ha descubierto algo interesante?—preguntó Kitty al apuesto inspector.—¿No tiene una pista?

Sí, la tenía, a pesar de que el asesino había burlado la vigilancia de la policía. Eran dos, en realidad. La primera, que todas las mujeres matadas habían pertenecido al teatro; la segunda, que el asesino llevaba un pequeño maletín negro.

Al día siguiente, los periódicos publicaron este último detalle. Robert se lo leyó a Elena, mientras desayunaban, y ésta se asustó terriblemente, porque había recordado que Slade, la noche anterior, había salido con utensilio semejante al descrito por los periódicos.

Robert se rió de sus temores y fué a abrir la puerta a John, que, escoltado por varios policías, llamaba a la casa. Ordenó a sus subordinados que se paseasen por la acera y entró en la casa, saludando a Kitty, que bajaba a desayunar, tras de lo cual solicitó ver el ramo de flores mandado por Annie Rowley y así poder averiguar la tienda en que fué vendido.

Kitty accedió a su ruego fácilmente, porque el inspector la había impresionado mucho. Tomada la nota, apareció Slade a buscar el periódico, fué presentado a John y rechazó la petición de Kitty de que fuera a verla al teatro. Kitty, John y Robert miraron al inquilino, intentando adivinar el efecto que le producía la noticia del nuevo crimen. Se emocionó visiblemente al confirmarle John que tenía, aparte de la del maletín, otra pista.

—¿Cuál es su teoría, si puede explicarla?—preguntó Kitty.

John y la joven se miraron y el primero le prometió exponérsela si la visitaba alguna vez en Scotland Yard, lo cual era, en realidad, un subterfugio para verla de nuevo. Y Kitty aceptó.

Mientras tanto, Slade subió rápidamente a sus habitaciones, tiró el periódico al suelo y, a través de la ventana, pudo advertir que la calle estaba llena de guardias. Lanzó un bufido; pálido, asustado, cogió el maletín y entró en el desván.

Elena subió el desayuno a su inquilino. Sus habitaciones estaban desiertas, el periódico en el suelo; en cambio, la puerta de la escalera del desván estaba abierta y dejaba escapar un acre olor a cuero quemado. Cuando llamó a Slade, éste apareció sudoroso y le suplicó que no subiera y que dejase el desayuno en su habitación.

Elena contó sus recelos a Kitty y la joven estuvo de acuerdo en que la conducta de Slade era anormal. Pero no así Robert, que regresó en aquel momento, afirmando que un hombre había sido linchado en Trafalgar Square por el simple hecho de llevar un maletín negro, como el de Slade, de manera que sus temores eran comprensibles.

Las mujeres se apaciguaron, aunque dando la coincidencia de que Slade descendía para ir al Hospital de la Universidad, según comunicó, y Kitty, cuya peluquería estaba a dos pasos del hospital mencionado, decidió investigar por su cuenta si era verdad y acabar de golpe con sus sospechas y las de su familia.

En efecto, Slade penetró, tras de saludar al portero, en el hospital por la puerta reservada al personal. Kitty se acercó al portero y le hizo unas preguntas sobre Slade, que recibieron contestación tranquilizadora. El inquilino la había estado observando desde una ventana y le afeó su conducta de seguirle, asegurando que se cambiaría de casa si continuaban comportándose de aquella manera.

Fué tanta la dignidad de su continente, que hasta Elena

se sintió arrepentida de su atrevimiento. Llevó el té a Slade y le encontró sumido en una profunda meditación, con una Biblia sobre las piernas. La tía de Kitty, para congraciarse con él, le advirtió que la joven iba a inaugurar el Palacio de las Variedades de Whitechappelle, sin aplazar su apertura como le aconsejaban por miedo al Destripador.

—Le encantaría como baila y no negará que es muy bonita—concluyó Elena.

—Le enseñaré un ser humano mucho más hermoso que ninguna mujer—replicó Slade.

Se arrodilló ante una consola y le mostró una miniatura, un autorretrato de un bellissimo hermano suyo, pintor de genio. Elena se quedó absorta, en tanto que Slade hacía una mueca de loco. Cuando le preguntó si había muerto, su inquilino dió muestras de un gran desequilibrio, que la alarmó, gritando:

—No debió morir. ¡No debió morir!

Kitty visitó a John, quien le enseñó el Museo del Scotland Yard. Como la cita había sido en realidad una excusa, el gallardo inspector la invitó a tomar el té en casa de su madre; la joven, aunque estaba enamorada de él, simuló no hacerle caso hasta que preguntó cuál había sido el uso de una barra de hierro y por qué había sido empleada.

—Un pobre diablo golpeó la cabeza de su novia con ello—explicó John y agregó—: Nunca se supo con exactitud el porqué, pero mi parecer en este momento es que ella se negó categóricamente a responder una pregunta.

—En ese caso, inspector, acepto el té del jueves—se rió Kitty.

El comisario Willoughby llegó a saludar a Kitty vestido de gran gala. Tenía que ir a Palacio para hablar del Destripador. John expuso una teoría suya según la cual podía adivinar el día de cada crimen. El criminal cometía sus asesinatos con intervalos de diez a veinte días, como si el deseo de matar creciese en su alma y sólo lo tranquilizase sacián-

dolo. Por consiguiente, predijo John, cometería otro crimen dos días más tarde.

La policía acordonó todo el distrito de Whitechappelle al llegar esta fecha. No obstante, todas sus precauciones resultaron estériles.

Una bondadosa cantante de antaño, llamada Jennie, prestó su concertina a una tal Wiggy, que quería ganarse con ella unos chelines cantando himnos religiosos. Ambas mujeres salieron juntas del bar y se separaron delante de la casa de Jennie, la cual entró en su habitación, preparándose para pasar la noche. De repente, chirrió una puerta. Jennie se levantó y retrocedió horrorizada. El miedo impidió que de su garganta saliera ningún grito. Sólo podía retroceder, retroceder...

Un hombre con un carrito fué a avisar a la mujer la manera de ganarse un buen jornal y fué él precisamente quien descubrió el cuerpo mutilado de Jennie. John entró en la casa. Las características del crimen eran idénticas a las de los anteriores. Pero ninguna persona había visto a nadie sospechoso.

La policía estrechó su cerco, vigiló todas las esquinas e, incluso, registró los tejados. Nada. El criminal se había escapado. Era inútil continuar la vigilancia...

En una barca que flotaba sobre el Támesis, Slade tenía sus enormes manos metidas en la oscura agua...

El inquilino subió sigilosamente las escaleras de la parte trasera de la casa. Poco más tarde, Kitty fué despertada por un penetrante olor a cosa quemada. Encendió una vela y corrió hacia la cocina de donde parecía provenir el humo...

¡En la cocina, ante el fogón puesto al rojo vivo, estaba Slade arrojando a las llamas pedazos de su abrigo, que desgarraba con fuertes tirones!

Kitty vaciló, pero acabó de entrar. Los restos del abrigo depositado en la mesa tenían muchas manchas oscuras, semejantes a sangre. Slade, que estaba muy nervioso y jadeaba

audiblemente, le explicó que la tela se había contaminado de una enfermedad en el laboratorio y que la quemaba para evitar la infección de la casa.

Prosiguió quemando la tela, mas estaba tan nervioso que tiró al suelo una mesita, haciendo gran ruido. La joven se arrodilló para recoger algunos utensilios. Kitty estaba bellísima y Slade levantó el atizador sobre ella. Kitty le miró y la furia de Slade pareció disiparse.

La joven abrió la ventana para que saliera el humo y pidió un periódico a un vendedor, que pregonaba el reciente crimen del fatídico Jack. Lo desplegó y miró las páginas. Slade leyó por encima de su hombro, con manifiesta curiosidad.

Kitty relató a sus tíos este suceso y resurgió la desconfianza. Apparently, aceptaron el deseo de su sobrina de que agradecieran el sacrificio del abrigo realizado por Slade. En cuanto estuvieron solos, Robert, pese a su incredulidad, convino con su esposa que nunca dejarían a Kitty sola en la casa con el intrigante personaje.

Mientras Kitty discutía con su tía el efecto de unas flores sobre su vestido y Elena decidía salir para cambiarlas, Slade luchaba consigo mismo ante un programa de la representación con que la joven inauguraría el nuevo teatro. El inquilino espía la salida de Elena y se dirigió al cuarto de Kitty. ¡Estaban solos en la casa!

Robert encontró a su esposa en la calle y, al saber que su sobrina estaba sin defensa junto a aquel hombre sospechoso, comenzó a andar de prisa y, finalmente, se echó a correr con toda su alma.

Slade, con la excusa de agradecer la invitación de Kitty, entró en la alcoba de ésta; insensiblemente se le fué acercando, alabando su belleza con una nota de desesperación y de odio en la voz. El espejo reflejaba tres veces la amenazadora persona de Slade, que, sin percatarse apenas de lo que decía, aseguró que las actrices eran un peligro para los

hombres. Kitty no le dió ninguna importancia, aunque estaba sorprendida de su acento, cuando le afirmó que la amaba y la odiaba al mismo tiempo.

—Un hombre puede destruir lo que odia y amar lo que destruye. Sé también que hay un mal en la belleza, pero si se extirpa el mal...

Sus manos se crisparon y se levantaron lentamente hacia Kitty. Precisamente entonces, Robert entró jadeando en la habitación y escrutó las descompuestas facciones de Slade, el cual salió de la habitación avisando:

—Seguramente nos veremos en Whitechapelle.

Por la noche, John llegó a casa de Robert con una nutrida escolta de policías a caballo. Kitty, de esta manera, estaría segura. Elena y Robert, entretanto la joven acababa de arreglarse, comunicaron al inspector sus fervientes sospechas y el peligro en que había estado su sobrina.

Para salir de dudas, John sacó las fotografías de las huellas dactilares dejadas por el Destripador en sus dos últimos crímenes y suplicó a Elena que procurase conseguirle un objeto que Slade hubiese tenido en la mano. Elena, con el pretexto de servir a su inquilino un refresco, entró en la habitación de éste, con una bandeja que contenía una botella y un vaso.

Slade había descubierto a los guardias de la escolta de Kitty y estaba muy agitado. Intentó vanamente ser amable, justificando su nervosismo con el trabajo intenso de los últimos días. Bebió el refresco de un trago y Elena se apresuró a llevar el vaso a John, que preguntó:

—¿Lo cogió con su mano derecha?

—Sí.

Espolvoreó la huella del vaso con grafito y Robert y John la contemplaron, comparándola con la huella dactilar fotografiada; repitió el estudio en otro sentido... ¡Las huellas no coincidían!

Kitty les interrumpió y, con una excusa, John envió al

teatro a la joven y a su tía con la escolta, quedándose en la casa con Robert. La partida de la joven fué observada por el inquilino, que salió al pasillo y pisó los escalones...

La casa estaba a oscuras. John explicó una teoría al tío de Kitty prácticamente. El joven cogió un cuchillo y lo asestó contra Robert. Si el Destripador fuese zurdo, atacaría a las víctimas por la espalda y las huellas en el traje serían de la mano derecha; pero no siéndolo, las aguantaría por delante y con la mano izquierda, empleando la derecha para producir el corte. Luego las huellas que tenían que buscar habían de ser de la mano izquierda.

Se callaron y apagaron la luz. El inquilino descendía sin hacer ruido. Iba embozado y sus ojos relucían siniestramente. En la puerta trasera encontró a Daisy, la sirvienta, y le agradeció sus servicios con un espléndido regalo en metálico, antes de hundirse en la niebla.

Daisy salió por la puerta principal. Ir sola y aquellas horas no le gustaba. Slade se pegó a la pared cuando Daisy pasó por su lado; después cada cual siguió un camino diferente y poco más tarde estaban en el teatro.

John y Robert habían entrado en la habitación del inquilino. No encontraron ninguna huella dactilar clara; en cambio, al abrir un cajón, John tropezó con la miniatura del hermano del sospechoso. Ya tenía un indicio, pero antes, como tenía que pasar por la Jefatura, envió solo al teatro a Robert. Poco después, John comunicó su descubrimiento al superintendente jefe de los policías que custodiaban el teatro.

No había duda. Se trataba de una venganza. El hermano de Slade había sido pervertido y transformado en una ruina física, como demostraba una comparación de dos miniaturas, por Liggie Turner y sus amigos, todos actores teatrales, y Slade la había asesinado.

Después de un diluvio de aplausos, Kitty se refugió en su camerino. Una mano echó el pestillo a la puerta. Era el

inquilino. Kitty retrocedió. Parecía un loco: sus ojos desorbitados, su frente mojada de sudor, todo demostraba sus siniestros propósitos. Por si esto no bastara, le puso una mano en el cuello y, a medida que apretaba, iba diciendo:

—Te adoro y odio el mal que hay en ti. El amor está muy cercano al odio, ¿no lo sabías?... No tengas miedo...

Kitty logró lanzar un grito. John empujó la puerta con el hombro y logró desfondarla, cuando Slade corría hacia otra salida. El inspector hizo fuego y le hirió en la cara...

El público del teatro huyó a la desbandada al saber que se trataba del Destripador. Este, aunque perseguido por decenas de policías, logró escabullirse. Desangrándose, mareado, trepó a una pasarela desde donde dominaba el escenario. Y Slade miró cautamente hacia abajo.

Kitty, a instancias de John, había sido trasladada al escenario en donde podrían defenderla con más libertad. Poco a poco la fueron dejando sola. Slade, a costa de esfuerzos infinitos, apiló las bolsas de arena que servían de lastre al telón y las apiñó de tal manera que cuando cortase la cuerda, se desplomarían sobre Kitty aplastándola...

Afortunadamente, Daisy tuvo la idea de mirar hacia arriba en el instante en que Slade cortaba la cuerda con su afilado puñal. Arrastró a su señora fuera del alcance de los

sacos y el lastre chocó inofensivo. Acudió John, con el superintendente y varios policías, y disparó dos veces contra el asesino, alcanzándole ambas... Y los defensores de la Ley empezaron a subir la escalerilla.

El asesino soportaba con una vitalidad terrible el dolor de sus heridas. Los policías animaban a John a que hiciera fuego contra él, pero el superintendente ordenó:

—¡Le quiero vivo!

—Sé cómo hay que manejarle—les calmó John avanzando con osadía.

Slade, con la espalda apoyada en una ventana, con el puñal preparado, observó como el puñado de hombres se le aproximaba poco a poco. Un policía llevaba una capa con la que inutilizaría las cuchilladas de Slade.

¡Un metro más, y le cogían!

El inquilino se arrojó contra la ventana, precipitándose al Támesis desde una altura vertiginosa. Las aguas del río, al que tanto quería, le arrastraron hacia el mar, llevándose para siempre su peligrosa demencia.

John y Kitty obtuvieron la merecida recompensa y unieron sus existencias toda la vida con el beneplácito de Robert y de Elena.

F I N



Un hombre corpulento, que momentos antes había estado mirando el letrero de una calle...



El desconocido se portó de una manera extraña.



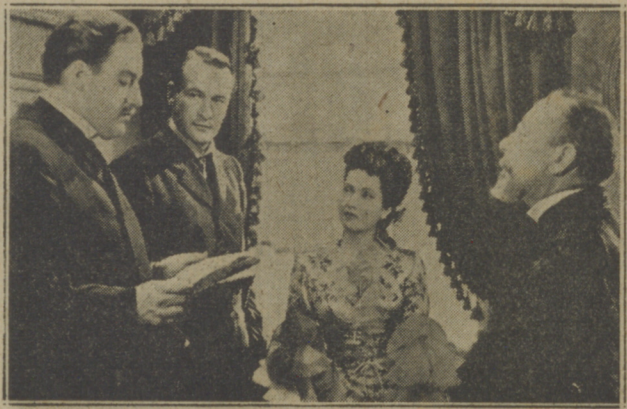
Kitty le miró con curiosidad.



El joven inspector Warwick, apuesto y brillante detective.



Kitty, más hermosa que nunca con su elegante atavío.



Kitty, John y Robert miraron al inquilino.



John y la joven se miraron...



*Elena se quedó absorta, en tanto que Slade
hacía una mueca de loco.*



Kitty visitó a John, quien le enseñó el Museo del Scotland Yard.



El inquilino subió sigilosamente las escaleras...



Kitty estaba bellísima y Slade levantó el atizador sobre ella.



Slade leyó por encima de su hombre.



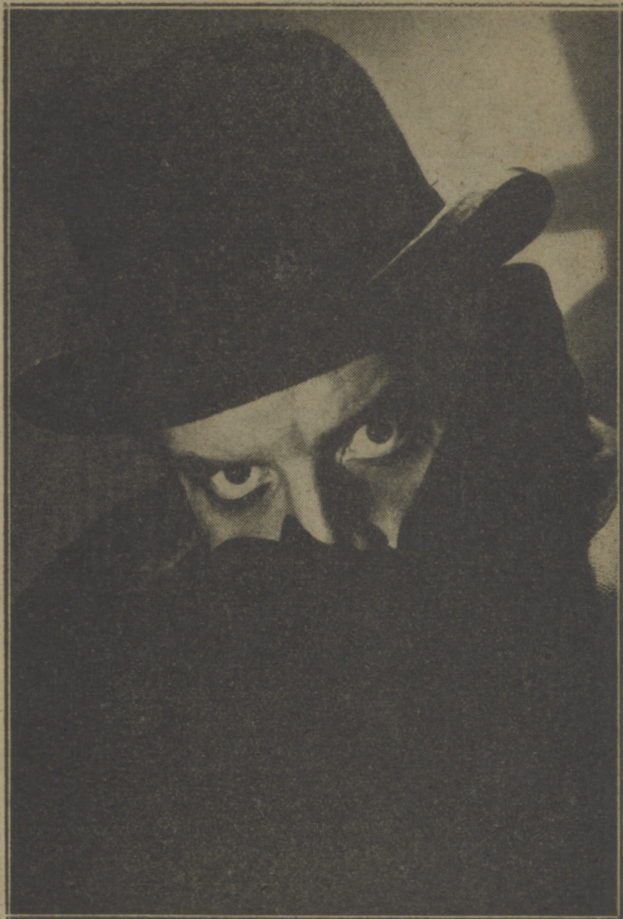
El espejo reflejaba tres veces la amenazadora persona de Slade.



Robert y John la contemplaron, comparándola con la huella.



El joven cogió un cuchillo y lo asestó contra Robert.



Iba embozado y sus ojos relucían siniestramente.



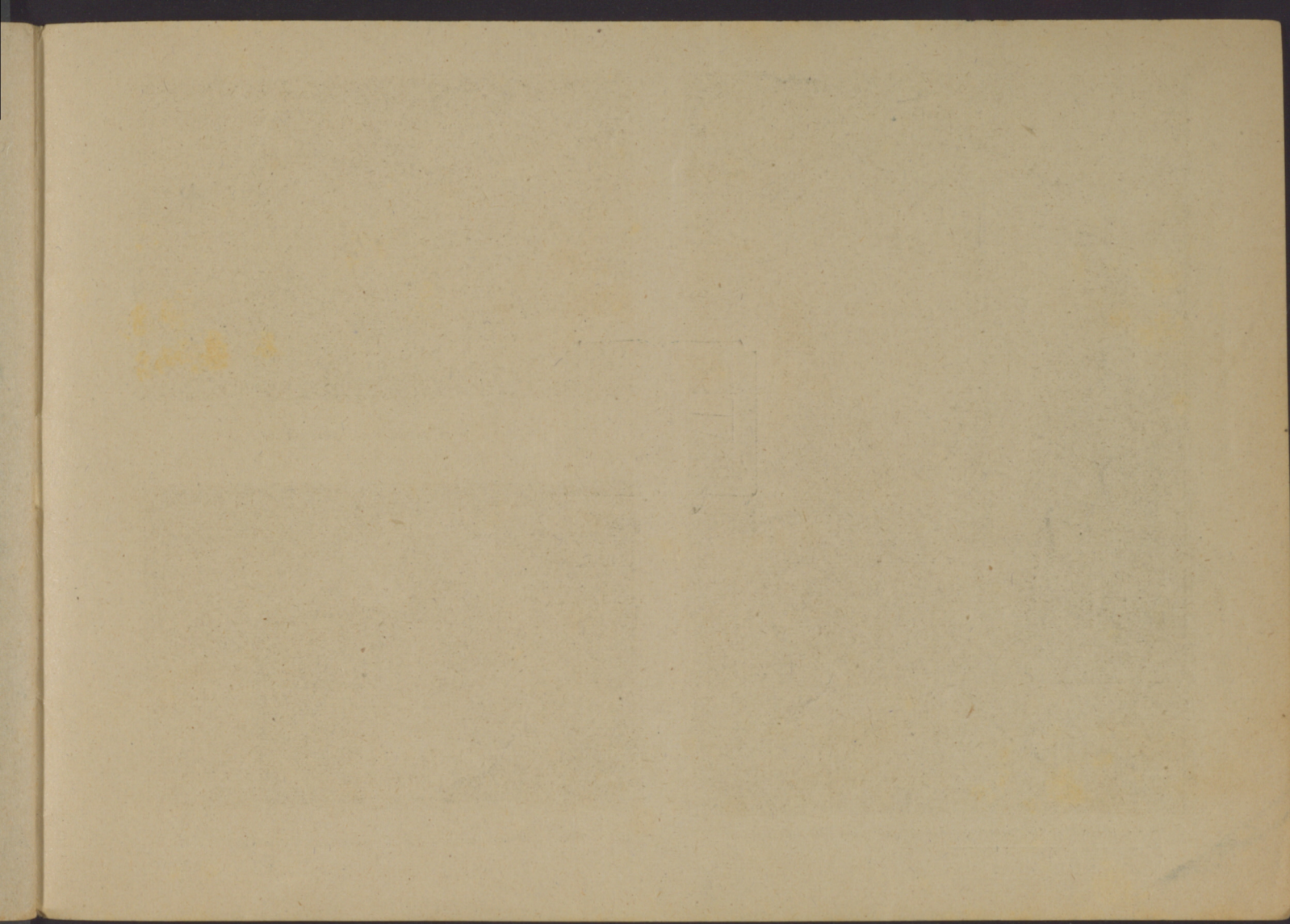
Slade se pegó a la pared cuando Daisy pasó por su lado.



Y Slade miró cautamente hacia abajo.



John y Kitty obtuvieron la merecida recompensa.





Cubierta, Imp. M. PELLICER

Muntaner, 111-Teléfono 76132

SERIE

"PELICULA GRAFICA"